

« seguro hasta haber exhalado el último suspiro. Es
 « necesario que trabajemos mucho ; pero principalmente
 « es necesario que oremos para alcanzar que Dios nos
 « proteja, y para que obre en nosotros nuestra salvación
 « por el poder de su misericordia, y para gloria de su santo
 « nombre. »

INSTRUCCION XIII

DE LA PACIENCIA EN LAS TENTACIONES

Es de la mayor utilidad lo que dice san Doroteo en esta instrucción, y puede servir en gran manera para consolar las almas que se hallan afligidas por la tentación ; pues demuestra que se nos ofrecen por un designio misericordioso de la divina Providencia : que pueden convertirse en beneficio de nuestras almas, si las soportamos con paciencia y fortaleza, si en lugar de dejarnos abatir por ellas, pedimos al Señor, no ya que nos libre de sus instigaciones, sino que las superemos, y si le damos la debida acción de gracias por la asistencia que nos dá contra los enemigos de nuestra salvación. Dá principio este Santo á su discurso con una sentencia del abad Pastor, el cual decia que en la tentación es en donde se manifiesta el perfecto solitario.

« Es preciso, dice, que el que se ha consagrado al
 « servicio de Jesucristo con pura y sincera intención,
 « se prepare para las tentaciones con toda la sabiduría
 « posible, á fin de que, cuando se vea atacado, no
 « caiga en la turbación ; que se persuada de que nada
 « acaece en la tierra sin la permisión de la divina Provi-
 « dencia, y que todo lo que ésta hace es justo y en-

« caminado al bién de nuestras almas. Su caridad y su
 « misericordia son los motivos de nuestra esperanza.
 « Así es que, en vez de dejarnos llevar del abatimiento
 « y de la turbación, debemos, como dice san Pablo,
 « darle acciones de gracias, y conservar la humildad,
 « la paz y la esperanza. »

« Cuando un hombre ha recibido de otro que le ama
 « alguna cosa que le molesta, no por eso cree que deja
 « de amarle, ni que le ha perdido su buena voluntad.
 « Con mucha más razón debemos creer que Dios, que
 « nos ha criado, que se ha hecho hombre, y que ha
 « dado su vida por nosotros, no hace cosa alguna en
 « órden á nosotros, sino por una disposición de su bon-
 « dad y de su amor. »

« Podremos decir que un amigo que nos ama ha
 « faltado á la prudencia molestándonos, ó que, aún
 « cuando no haya faltado á la prudencia, no ha estado
 « en su mano el molestarnos. Pero á Dios no se puede
 « acusar de imprudencia ni de impotencia. Así pues,
 « sabiendo, como sabemos, que es la sabiduría por esen-
 « cia ; que nada le es imposible, y que está lleno de
 « amor y de misericordia para con nosotros, debemos
 « persuadirnos que todo lo que hace, lo hace en bene-
 « ficio nuestro, y recibirlo de su mano, como de un padre
 « lleno de bondad y de amor. »

« Suele decirse algunas veces, cuando se vé que alguno
 « cae en alguna tentación : ¿ Como es posible que estas
 « cosas sean ordenados por la divina Providencia para el
 « bién de los hombres ? Fácil es responder que no se peca
 « por instigar la tentación, sino por consentir en ella, pues,
 « según el Apóstol, Dios es fiel, y justo, y no permite que
 « seamos tentados más allá de lo que alcanzan nuestras
 « fuerzas, ayudadas de la divina gracia (1). Pero muchas

(1) I Cor. x.

« veces nos falta la paciencia, y no nos resignamos á sufrir
« con humildad y sumisión, por lo cual nos dejamos abatir,
« y sucumbimos á la tentación. »

« Los que tienen experiencia en el arte de nadar, se
« hunden en el agua, cuando viene una oleada, pues si se
« propusiesen resistirla, serian arrastrados por su impetuo-
« sidad. Ved aquí, pues, una imagen de lo que acontece
« con las tentaciones. Cuando se resisten con humildad y
« paciencia, se disipan sin causarnos ningún daño; pero
« si nos turbamos y agitamos, si atribuimos á alguno otro
« la causa de la tentación, se aumenta su efecto y su peso,
« y en lugar de procurarnos algún alivio, no hacemos más
« que aumentar el trabajo. Las tentaciones son de utilidad
« para los que sufren con firmeza y constancia; la turbación
« que producen, por el contrario, es un efecto de nuestra
« ignorancia y de nuestro orgullo, que demuestra el
« poco conocimiento que tenemos de nuestro estado y
« nuestra oposición al sufrimiento, y hace ver que desea-
« ríamos adquirir la virtud sin esfuerzo alguno. »

« No es de extrañar que, cuando nos hallamos poseidos
« de una pasión, nos turbe y atormente, mientras nos
« hallamos bajo su impresión: pues los pensamientos que
« produce en nosotros nos ligan y cautivan, siempre que
« voluntariamente nos entreguemos á ella. Pero no nos
« dejemos turbar; combatamos, y pidamos á Dios que
« nos asista. Esto es lo que debemos hacer, cuando nos
« veamos atacados. No nos inquietemos por ser librados
« de ella, sino por que no nos venza. »

« Los santos Padres dan á un pasaje del profeta Jere-
« mías una interpretación, que nos facilita la compren-
« sión de esta verdad. Temiendo los judíos el poder del
« rey de Asiria, quisieron abandonar su país y retirarse á
« Egipto; pero el profeta les dice: *No abandoneis vuestro*
« *país, ni marcheis á Egipto, pues los Asirios os persegui-*

« rán y os harán cautivos. *Humillaos y someteos al rey de*
« *Asiria, y permaneced en vuestro país, en donde se os dejará*
« *en paz* (1). Esto nos enseña en sustancia la santa Escri-
« tura: ved aquí ahora la interpretación de los santos
« Padres. »

« El Egipto significa la falsa paz y el falso reposo que se
« busca en la exención de las tentaciones. El rey de Asiria
« es emblema de los malos pensamientos y de las tenta-
« ciones de que nos vemos asediados. Si queremos, como
« los judíos, ir á Egipto, es decir, si queremos gozar de
« una paz exenta de trabajos y tentaciones, nos persegui-
« rán los Asirios, y nos reducirán á servidumbre, es decir,
« nos combatirán y subyugarán nuestras pasiones. Pero si,
« por el contrario, nos sometemos al rey de Asiria, es de-
« cir, si soportamos humildemente la tentación, gozaremos
« de la verdadera paz que trae consigo la paciencia, y no
« nos dominará la tentación, porque Dios vendrá en nues-
« tro auxilio. »

« No es preciso, por lo tanto, desear con desasosiego é
« inquietud vernos libres de la tentación, por eximirnos
« del trabajo de combatirla: pero es muy necesario humi-
« llarnos, y pedir á Dios que nos dé fuerzas para rechazar-
« la. Se lee á este propósito que un discípulo de un santo
« solitario se hallaba muy afligido por una tentación en
« extremo molesta, y que, viéndole el maestro muy acon-
« gojado, le preguntó, si queria que le pidiese al Señor que
« lo librase de ella: Es verdad, padre mio, respondió, que
« sufro mucho; pero como veo ante mis ojos la recom-
« pensa: pedidle más bien que me dé paciencia para sopor-
« tarla.

« De esto se deduce, hermanos míos, que los que de-
« sean su salvación con más ardor, llevan con más humil-

(1) Jer. XLII, secund. LXX.

« dad el peso de las tentaciones. Así es que, cuando aquel
« santo anciano oyó la manera con que su discípulo se ex-
« presaba, le dijo : reconozco que has adelantado en los
« caminos del Señor, y que sabes más que yo. Así pues,
« cuando alguno se vé acometido por una pasión, y co-
« mienza á resistirla, se encuentra humillado y contristado
« en un principio ; pero poco á poco se vá purificando por
« el trabajo que le cuesta la resistencia, hasta que llega á
« sacar provecho de la misma tentación. »

« Ved aquí, mis amados hermanos, otra figura de lo que
« acontece con ellas. Cuando los hijos de Israel se halla-
« ban en Egipto sometidos á la dominación de Faraón,
« hacían ladrillos, que emplearon en la construcción de
« tres ciudades, Fitón, Rámes y Heliópolis. Este ladrillo,
« que se compone de tierra labrada con los pies, significa
« que, cuando el alma se halla dominada por el demonio,
« pone su razón á los pies de este enemigo, sofoca todos
« sus sentimientos espirituales, y no piensa, ni vé, ni obra
« sino para la tierra. Estas tres ciudades son figura de la
« voluptuosidad, de la vana gloria y de la avaricia, que son
« las fuentes de toda iniquidad. »

« Pero cuando Dios envió á Moisés para sacar á los
« Hebreos de la servidumbre de Faraón, este tirano au-
« mentó sus penatidades, diciendo que se hallaban sin tra-
« bajo, y que por esta razón querian marcharse, bajo pre-
« texto de servir á su Dios y de ofrecerle sacrificios. De la
« misma manera, cuando vé el demonio que Dios, compa-
« deciéndose de un alma, quiere librarla del yugo de sus
« pasiones, entónces empieza á apimirla, aumenta el peso
« de las pasiones que le hacen guerra, y la combate con
« más saña y violencia. »

« Por esta razón los santos Padres ponen todo su esmero
« en animarnos, en fortificarnos con sus instrucciones y en
« impedir que caigamos en el desaliento. Uno de ellos dice :

« habeis caído, levantaos : caeis segunda vez, levantaos de
« nuevo. — Otro nos dice de la misma manera : Todos los
« esfuerzos de los que trabajan por adquirir la virtud de-
« ben dirigirse á no desanimarse por haber resbalado, y á
« aplicarse con más ardor á combatir las pasiones. »

« Cuando Moisés hubo sacado á los Hebreos de la es-
« clavitud de Egipto, les hizo atravesar el mar Rojo ; pero
« no los llevó al lugar de las setenta palmeras y de las doce
« fuentes, sino despues de pasar por Mara, en que se
« vieron acosados por la sed, sin encontrar más que agua
« muy amarga. Pues de la misma manera, cuando nuestras
« almas han salido del yugo del demonio, y han pasado el
« mar espiritual de la culpa, empiezan tomando la resolu-
« ción de combatir, de sufrir y de llegar por el camino de
« la tentación al reposo y á una tranquilidad santa, repre-
« sentada por el lugar de las setenta palmeras y de las
« doce fuentes ; pero es preciso que sean las tribulaciones
« las que nos abran las puertas del reino de los cielos,
« puesto que son las que nos alcanzan las misericordias
« divinas. »

« Por último, mis amados hermanos, la negligencia, la
« falta de cuidado, la languidez espiritual debilitan las al-
« mas, y las hacen perezosas ; miéntras que las tentaciones
« las encierran, por decirlo así, en sí mismas, las hacen
« más fuertes y vigorosas y las unen á Dios, según la frase
« de un profeta : Nos hemos acordado de vos en las tribu-
« laciones (1). »

« Por esta razón, mis hermanos, es preciso no turbarse
« ni desanimarse en las tentaciones, sino permanecer fir-
« mes y constantes, dar gracias á Dios, y pedirle con fer-
« vorosas oraciones y humildad profunda, que nos forta-

(1) Is. LVI, secund. LXX.

« lezca en la tentación, y que, para hora y gloria suya, no
« permita que nos abata la tentación. »

INSTRUCCION XIV.

DEL EDIFICIO ESPIRITUAL DE LAS VIRTUDES.

Nos enseña san Doroteo en este discurso, que debemos levantar en nuestras almas el edificio espiritual de las virtudes, así como las relaciones que tienen éstas unas con otras. Se sirve para ello de la comparación de un edificio material, y de los medios que se toman para construirlo, hacerlo sólido y cómodo, y darle la perfección posible.

« La Escritura, dice, hablando de las parteras de Egipto, « que, contra la órden de Faraón, conservaban la vida á « los varones que nacian, que esto lo hacian por temor « al Señor, y que éste las recompensó edificándoles ca- « sas (1). Tomemos estas palabras en un sentido espiritual : « no entendamos por estas casas edificios materiales y sen- « sibles ; puesto que la misma Escritura nos dice en otro « pasaje, que aquellos que temen y aman á Dios, lejos de « edificar casas sobre la tierra, abandonan las que poseen, « enseñándonos el Espíritu Santo con estas palabras, que el « temor de Dios dispone el alma para que guarde sus pre- « ceptos, y que observándolos, se edifica una casa entera- « mente espiritual y santa. Vigilemos pues, hermanos « míos, temamos al Señor y edifiquemos estas casas espiri- « tuales, para que tengamos un asilo seguro, en que nos « hallemos al abrigo de los inclemencias del tiempo ; pues « las tempestades producen grandes perjuicios á aquellos á « quienes sorprenden sin una morada en que refugiarse. »

(1) Exod. i, 21.

« Si queremos ahora saber como ha de edificarse esta « casa espiritual, no hay más que fijar la atención en lo « que se hace para levantar una material. Ante todo, es « necesario asegurarla y afirmarla por todas partes ; pues « si se levanta de un lado con mucha solidez, y alguno de « los otros se descuida, se perderá el tiempo, el trabajo y « el dinero. Otro tanto puede decirse del edificio espiritual : « debe cuidarse igualmente de todas las partes que lo com- « ponen : pues, como decía el abad Juan, quiero que los « hombres tengan algo de todas las virtudes, y que no « escojan una virtud descuidando las demás. Podria ocurrir « que los que así proceden no fuesen combatidos por el « vicio opuesto á esta virtud ; pero las demás pasiones no « dejarían de atacarle y vencerle. Luego es preciso propo- « nerse adquirir todas las virtudes. »

« Supuesta esta verdad, lo primero que debe hacerse es « abrir un buen cimiento. Este cimiento es la fé, *sin la* « cual, dice et Apóstol, es imposible *agradar á Dios*. Sobre « este cimiento tan santo se levanta el edificio espiritual « por la práctica de todas las virtudes. Si se presenta, por « ejemplo, la ocasión de practicar la obediencia, es preciso « poner esta virtud como una piedra de este edificio. Otro « tanto debe hacerse cuando hay que ejercitar la paciencia, « la mortificación ó alguna otra virtud. De esta manera « colocaremos sobre este cimiento otras tantas piedras, « cuantos sean los actos de virtud que practiquemos, y « tendremos el consuelo de elevarlo, ora con la caridad pa- « ra con el prójimo, ora con la renuncia de nuestro propia « voluntad, ora con la dulzura, etc. »

« Pero ante todas cosas necesitamos de paciencia, de « fortaleza y de ánimo, porque estas virtudes son como las « piedras angulares que sostienen y unen las diferentes « partes del edificio. Además es preciso emplear buen ce- « mento para unir las piedras, porque sin él se separarian

« unas de otras, y pronto se reduciría á ruinas el edificio.
 « Ahora bién, este cemento que se halla compuesto de
 « arena y otras materias que se trabajan con los pies, es
 « emblema de la humildad, porque toda virtud que no la
 « tiene por base no es verdadera. Y por esta razón, nos
 « enseñan los santos Padres, que es más difícil salvarse sin
 « humildad, que construir un buque sin clavos. »

« Pero la humildad no es sólomente como el cemento
 « que une y enlaza las piedras del edificio espiritual, sino
 « que es como una especie de enlucido que lo preserva.
 « Por ultimo, nos dedicamos á ornamentar y embellecer
 « una casa, y á cubrirla con vistosa techumbre. Pues bién,
 « otros ornamentos son las demás virtudes : el techo es la
 « caridad, por cuanto es como la cúspide y el complemento
 « de todas las virtudes. »

« Ya está, mis amados hermanos, concluida la casa : ¿ le
 « falta algo? Sí, le falta una cosa de que no hemos ha-
 « blado : le falta el hábil arquitecto que dirija su construc-
 « ción, pues si falta inteligencia para dirigir esta obra, no
 « podrá llevarse adelante. Pero un arquitecto no es hábil,
 « sino en cuanto obra con conciencia de lo que hace. Por
 « faltar esta condición, por no haber un buen director,
 « sucede muchas veces que se abandonan todos los tra-
 « bajos de la virtud, se deja de obrar con sabiduría y pie-
 « dad, se pone en confusión y se destruye todo lo que á
 « la virtud se refiere, lejos de conducirlo á la perfección.
 « Se pone una piedra, pero se quita otra, y muchas veces
 « se quitan más de las que se ponen. »

« Por ejemplo, os dice un hermano una palabra que os
 « afende : ¿ guardais silencio, y os humillais á él? Ésta es
 « una piedra que poneis en el edificio. Pero os encontráis á
 « otro hermano, y le referis que éste ó aquel ha dicho esto
 « ó aquello : ésta es una piedra que quitais. Añadis á esto,
 « que vosotros nada habeis dicho, ó que os habeis humi-

« llado : ésta es otra piedra que también quitais. Todo lo
 « cual prueba que obrais sin conocimiento de este santo
 « arte, y que no sois hábiles arquitectos. »

« Trabajemos, pues, hermanos míos, y pongamos las
 « piedras del edificio espiritual unas en pos de otras, pero
 « sin quitar ninguna, y hagámoslo con la ciencia y habili-
 « dad que ha caracterizado á los santos. Apliquémonos de
 « tal suerte al ejercicio de cada virtud, que las podamos
 « convertir en hábito. No nos figuremos que las virtudes
 « sean cosas tan elevadas, que no las podamos adquirir.
 « Este pensamiento no puede proceder de otra cosa que de
 « falta de esperanza en la gracia de Dios, ó de poco ánimo
 « y celo por el bién. Pero si deseais verdaderamente adqui-
 « rir alguna virtud, comenzad por ejercitaros en ella, y es-
 « tad seguros de que la conseguireis con los auxilios del Se-
 « ñor. Dios, por ejemplo, nos dice, amad al prójimo como
 « á vosotros mismos. No os detengais á considerar que
 « estais muy léjos de esta perfección ; no os desanimeis
 « creyendo que es imposible. Comenzad desde ahora, po-
 « niendo toda vuestra confianza en la bondad divina. Ofre-
 « ced al Señor vuestras intenciones y vuestros deseos y
 « experimentareis sus auxilios. »

« Figuraos que hay dos escalas, por una de las cuales
 « se sube desde la tierra al cielo, y por la obra se descende
 « desde el cielo hasta el fondo del abismo, y que os hallais
 « sobre la tierra en medio de estos dos extremos. No di-
 « gais, ¿ como podré subir paso á paso desde la tierra al
 « cielo? Lo que desde luego debeis hacer es no descender
 « un paso por la segunda ; es decir, que no hagais cosa
 « alguna, por la cual se lastime vuestra caridad para con el
 « prójimo ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obra. Y
 « cuando de esta manera hayais evitado lo malo, comenzad
 « á practicar el bién, dirigiendo al prójimo palabras afec-
 « tuosas, dándole pruebas de que tomais parte en lo bueno

« ó malo que le acaece, y prestándole vuestros auxilios
« cuando los necesite. De esta manera, subiendo insensi-
« blemente las gradas de la caridad, llegareis poco á poco á
« tener el mismo ardor por sus intereses que por los vues-
« tros, y á amarle como á vosotros mismos. »

« Si buscamos á Dios, le encontraremos : si acudimos á
« él, nos ayudará, porque así nos lo tiene prometido,
« cuando nos dice en el santo Evangelio : *Pedid y se os*
« *dará: buscad y hallareis: llamad y se os abrirá: porque*
« *todo aquel que pide recibirá, y el que busca hallará, y al*
« *que llama se le abrirá* (1). Nos advierte en primer lugar,
« que debemos pedir, es decir, instar á Dios con nuestras
« oraciones. Quiere, en segundo lugar, que busquemos, es
« decir, que examinemos los medios de alcanzar la virtud,
« y nos dediquemos todos los días á esta investigación.
« Quiere, por último, que llememos á la puerta, es decir,
« que á esta investigación unamos la acción : porque se
« llama con la mano, y la mano significa la acción. No
« debemos, pues, sólo pedir, sino que á la oración
« debemos añadir el exámen, la acción y la diligencia. »

Avisos sobre la manera de gobernar y de obedecer.

« Si teneis á vuestro cargo algunos religiosos, guiadlos
« con fortaleza y caridad, é instruidlos, más que con la pa-
« labra, con el ejemplo. Procurad que no se dejen arre-
« batar de sentimientos de indignación contra sí mismos, si
« han caído en alguna falta ; pero hacedles comprender al
« mismo tiempo el perjuicio que ocasionan á su alma, y si
« en alguna ocasión necesitan de castigo, procurad que sea
« eficaz y oportuno.

« No seais extremadamente severos, fijándoos en cosas
« muy minuciosas : pues la excesiva y continua corrección,

(1) Luc. xi, 9-10.

« lejos de producir buen efecto, se hace dura é insoporta-
« ble, y llega á causar insensibilidad y hasta desprecio. Nun-
« ca mandeis con imperio, sino con humildad, y aconse-
« jándoos, cuando sea necesario, de otros religiosos de más
« experiencia. Este modo de conducirse es más propio para
« persuadir, y llevar la tranquilidad á los espíritus. »

« Si veis que alguno de los que están bajo vuestra
« dirección se halla turbado y os resiste, callad por el
« pronto, no sea que se os escape alguna palabra de cólera,
« y no os indignéis contra él ; sino considerad que es vues-
« tro hermano ; que es un miembro de Jesucristo : que es
« una imagen de Dios seducida por el demonio, y por lo
« tanto, tened compasión de él, no sea que por culpa vues-
« tra se haga mortal su rencor, y causeis la muerte á un
« alma, por la cual Jesucristo ha dado su vida. »

« Pensad que vosotros podeis también caer en la cólera,
« y que vuestra debilidad os obliga á tener compasión de
« la suya, y si teméis que vuestra paciencia pueda serle
« perjudicial, recordad que el Apóstol nos enseña, que
« debemos vencer el mal con el bien, *y no pagar el mal con*
« *el mal* (1). Nos dicen también, los santos Padres, expli-
« cando estas memorables palabras, que, si, cuando re-
« prendemos á nuestros hermanos, nos dejamos llevar
« de un movimiento de cólera, habrémos satisfecho nues-
« tra pasión. Sin embargo, un hombre prudente no echa
« abajo su propia casa, para levantar la agena. »

« Si subsiste la turbación que experimentais, haceos vio-
« lencia para apaciguar vuestro corazón, y dirigid á Dios
« esta plagaría ; O Dios mio, que estais lleno de miseri-
« cordia, y que tan tiernamente amais nuestras almas : vos,
« Dios mio, que por vuestra inefable bondad nos habeis
« sacado de la nada para comunicarnos vuestros dones y

(1) Rom. xii, 17.